

1976

## Un personaje de Camus en La Habana

José Miguel Oviedo

---

### Citas recomendadas

Oviedo, José Miguel (Abril 1976) "Un personaje de Camus en La Habana," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 3, Article 11.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss3/11>

## UN PERSONAJE DE CAMUS EN LA HABANA

Edmundo Desnoes: Memorias del subdesarrollo.  
México: Joaquín Mortiz, 2da. ed. , 1975, 163 pp.

José Miguel Oviedo  
University of Indiana

Que el cine hispanoamericano le haya hecho justicia a una obra literaria hispanoamericana, es bien raro. Yo sólo conozco dos casos: el Don Segundo Sombra de Manuel Antín y Memorias del subdesarrollo de Tomás Gutiérrez Alea. Este último es un poco especial: el film es superior al texto y más famoso que él. Gracias al talento de Gutiérrez Alea el asunto de la novela del cubano Edmundo Desnoes es conocida en Estados Unidos y en muchos países de Europa (recuerdo que, hace algunos años, el film causó verdadero asombro en un festival londinense; quizá porque "exportar la revolución" resulta más fácil que exportar buenos films), pero, paradójicamente, su difusión en forma cinematográfica no ha favorecido la lectura de la novela: fuera de Cuba, donde sí tuvo una gran repercusión, no ha llegado a ser nunca demasiado popular. Es cierto que, en este curioso efecto, tiene mucho que ver el estúpido bloqueo económico que Estados Unidos y los gobiernos latinoamericanos amigos mantuvieron contra la isla, y que impidió que la primera edición de Memorias del subdesarrollo (La Habana: Casa de las Américas, 1965) circulase por el continente. Hoy todavía Desnoes es un escritor cubano "de la Revolución" (nació en 1930) cuya obra no ha logrado llamar la atención de un público internacional, pese a que su asunto—la situación socialista en Cuba—tiene un interés extraordinario. Me parece injusto, porque Memorias del subdesarrollo no será una gran novela, pero bien puede con-

siderarse el testimonio más perdurable y artísticamente válido de esa circunstancia que al género haya logrado en estos dieciséis años de la revolución.

Diez años después de su publicación original, la novela ha sido editada por primera vez fuera de Cuba; esta edición mexicana es una buena ocasión para reexaminar el libro y tratar de establecer su significado hoy. En primer término, hay que aclarar que Memorias no dice ahora lo que decía diez años atrás: el contexto es otro; la literatura, dentro y fuera de Cuba, ha sufrido cambios profundos; la historia (a la que la novela alude constantemente) ya no puede ser leída como cuando apareció. En resumen, estamos ante otro libro--tal vez porque los lectores ya somos otros y porque la candente cuestión cubana ha tendido una evolución que no estaba prevista en ningún manual marxista, ni en ningún iluso evangelio de la izquierda: esperanza y desconcierto, ilusión y zozobra, Cuba ha sido una pasión viva en la conciencia latinoamericana. Hay que decir también, para comenzar y justificar esa relectura, que la existencia, publicación y circulación de una novela como ésta en la Cuba de 1965, honra el criterio estético que la vanguardia política entonces se permitía y es un índice de la permeabilidad ideológica de la revolución a la altura de esos años: Memorias no es una novela radicalmente contraria a la revolución cubana, pero tampoco se ahorra críticas muy severas, algunas observaciones muy incómodas, ciertos registros de experiencias concretas que niegan las verdades oficiales. El punto de vista que adopta el libro, el que asume su narrador-protagonista-testigo, es el más difícil: el del que trata honestamente de comprender lo que pasa, pero se siente imposibilitado de integrarse y participar en los acontecimientos; un poco como el Oliveira de Cortázar, el personaje de Desnoes tiene "la lucidez terrible del paralítico": sabe, pero no puede actuar;

él llama a eso "una lucidez desagradable" (pág. 37). Quizá sea conveniente ingresar a la obra examinando primero esta cuestión básica.

La novela es un diario (lo que está aludido en el vago, generalizador título), el diario que escribe un intelectual habanero de la clase media. Su cultura es europea, su formación norteamericana, sus gustos pequeñoburgueses. El libro se abre con una escena típica de los primeros años de la revolución: la despedida familiar en el aeropuerto, entre los que se van a Miami y los que se quedan en Cuba. Que Laura, su mujer, y los padres de él tomen el correspondiente avión es natural: les resulta imposible vivir en la Cuba de Fidel. Pero que él se quede es absurdo: tiene pocas cosas buenas que esperar de la revolución, ni ésta le interesa demasiado, ni cree que va a cumplir ningún papel en ella. Quedarse sólo lo inunda con una sensación de libertad, pero no sabe qué hacer con esa libertad, aparte de (según nos cuentan las primeras páginas de su diario) dormir hasta tarde, divagar ante el papel en blanco, cortarse las uñas de los pies. Ahora sabe que tiene todo el tiempo para perder el tiempo, y se siente irremediabilmente mal consigo mismo.

Esta es la primera de una serie de situaciones que el relato prodiga por todas partes. Allí comienza también la identificación del texto con el modelo "existencialista" de la novela europea de postguerra, principalmente con la de Sartre y Camus. Su héroe (o anti-héroe, más bien) es una personalidad existencialista: agobiado por la incomunicación con los demás, obsesionado por la resistencia que las cosas y personas ofrecen a su mirada, preocupado puerilmente por objetos y situaciones triviales (un peine roto, la ropa interior que su mujer ha dejado, una moneda romana, etc.), víctima de una percepción muy aguda de la fealdad y repugnancia del mundo exterior al

que, sin embargo, se siente morbosamente atraído, etc. El problema esencial del narrador es el de su soledad metafísica: es un "extranjero" en un mundo hostil donde la existencia se ha vuelto una ficción, un engaño intolerable. La inautenticidad que la mirada filosófica de Sartre o la visión ética de Camus describen en el mundo contemporáneo, es también descubierta en Cuba por Desnoes pero por razones predominantemente ideológicas y de clase: la revolución está poniendo fin a un mundo en el que—bien o mal—él sobrevivía confortablemente; la revolución abre un vacío bajo sus pies al cual él no tiene nada que oponer. Ni revolucionario ni contrarrevolucionario: un "descastado", un hombre anónimo que no tiene ninguna fe que renunciar o asumir pese (quizá porque) comprende las razones de los dos lados. Refiriéndose a la reciente emigración de su familia, el narrador escribe: "Me alegro porque yo lo que tenía montado era un gran teatro: ni me importaba la elegancia de mi mujer, ni quiero a mis padres, ni me interesaba ser el representante de la Simmons en Cuba (yo no he nacido para vender y fabricar muebles), ni mis amigos lograban otra cosa que aburrirme" (pág. 10), pero cuatro páginas más adelante, después de dar un paseo por La Habana con intenciones vagamente eróticas, nos confiesa, más realista: "¡En el fondo soy un cubanito de mierda!" (pág. 14) .

Particularmente el influjo de Camus es tan poderoso en algunas partes de la novela que puede decirse que Memorias es una versión habanera de El extranjero. No es que Denoes haya plagiado al autor francés; lo que pasa es que la realidad cubana, en cierto momento, plagió una situación imaginada por Camus, que fue recogida por la sensibilidad irritada de Desnoes a través de su experiencia y luego de su personaje central. Pese a las obvias diferencias exteriores y de situación, el Mersault de Camus y el personaje de Desnoes son homólo-

gos porque, esencialmente, funcionan como testigos: desde la soledad de sus cuartos, contemplan la realidad cotidiana (la gente que pasa, el paisaje de la ciudad, los ritos de la vecindad, etc.) sin mezclarse realmente con ella, fuera de la historia: sus vidas están encerradas en campanas al vacío. "Por la calle pasan las máquinas y la gente se ve pequeña. No oigo nada de lo que dicen. No me interesa tampoco. Me lo puedo imaginar" (pág. 117). Esto lo escribe Desnoes, pero bien podría corresponder a las meditaciones de Mersault ante su ventana, mientras cae la tarde de su aburrido domingo. Y, sin embargo, la única felicidad que pueden esperar está allí, en la calle: "Andar por la calle libre, respirar y mirar a la gente y moverse me pareció toda la felicidad a que podía aspirar un hombre" (pág. 104). En ambas novelas hay también un proceso judicial, que representa de modo eminente las presiones asfixiantes que un mundo de normas abstractas y deshumanizadas ejerce sobre el individuo. El narrador de *Memorias* encara un juicio por violación, que en realidad es una trampa de la familia de Elena, su amante ocasional; tras desechar la posibilidad de "arreglar" el asunto con un matrimonio, el protagonista decide, como Mersault, sostener desafiante su verdad contra todos, aunque sea irrisoria y peligrosa para él mismo: "De pronto preferí la cárcel al engaño. Yo no quería casarme con Elena y estaba dispuesto a enfrentar las consecuencias. Me habían acorralado demasiado: no se le puede hacer eso a un hombre" (pág. 105).

El tema (el intelectual y la revolución) y el ambiente (la Habana en los primeros años de la revolución, hasta la Crisis de Octubre) no pueden ser más cautivantes. La novela tiene el raro mérito de contemplar una revolución en marcha a través de los ojos de un pequeño burgués, sin traicionar ni a una ni a otro: es imparcial, no admite una gota de propaganda y no trafica con demagogias. No plantea tampoco

ninguna solución ni adelanta juicios: presenta un problema de modo preciso pero deja que el lector saque su conclusión moral. Esa conclusión es una de las más arduas: condenar al protagonista no parece fácil porque, ¿cómo olvidar que algunos hechos de la revolución son odiosos o ridículos, como él lo señala? Y si lo perdonamos, ¿cómo ignorar que él representa también lo peor (la ceguera histórica, el conformismo, la inmovilidad) de una clase hispanoamericana? Ese imposible dilema está dramáticamente expresado en un pasaje donde el narrador fulmina a la clase a la que pertenece, sin perder por eso una sutil nota de afecto y comprensión: "No puedo pensar en la burguesía cubana sin echar espuma por la boca. Los odio tiernamente. Me dan lástima por lo que pudieron haber sido y no fueron por imbéciles. . . Y con ellos me hundí yo también" (pág. 24). Más tarde estallará con una sinceridad brutal: "La revolución, aunque me destruya, es mi venganza contra la estúpida burguesía cubana, contra mi propia vida cretina" (pág. 34).

Hay un momento crucial, hacia la mitad de la novela, en que el autor y su obra, la persona que escribe la narración y el personaje que escribe las memorias, sufren una violenta identificación: Desnoes se implica en lo que escribe, se autoacusa y aun se autocastiga del modo más cruel que puede concebir un escritor —con las palabras de su propio libro. En la página 15, el narrador anuncia que ha comprado la novela de un tal Eddy, un escritor cubano, de la cual "no voy a opinar hasta que la termine". En la página 30 el mismo Eddy merece un parrafito despectivo por haber escrito contra el film Hiroshima, mi amor (que es el film más bello para el narrador porque contiene una frase que lo conmueve: J'ai désiré avoir une inconsolable mémoire) en Lunes de Revolución, justamente el suplemento cultural que dirigía, por entonces, Guillermo Cabrera Infante y que ya había tenido serios problemas con la diri-

gencia cubana que llevarían a su clausura. Más adelante, las críticas del protagonista a la novela de Eddy se hacen durísimas: "Todo es muy primitivo y elemental. Se ve que ha tratado de complacer al lector mediocre. . . Mientras existan esos personajes en Cuba no habrá literatura seria ni profundidad psicológica en el ambiente. . . Al final, ¡agárrense!, el intelectual existencialista parece decidido a subir a la Sierra Maestra" (pág. 67). En su versión, la conducta moral de Eddy es la de un oportunista: "Escribió un artículo contra la revista esa de Nueva York, Visión, para la que estuvo trabajando durante cuatro años. ¡Si era tan mala no debió haber trabajado allí en primer lugar! Renunció cuando la revista empezó los ataques contra la revolución. Eso dijo. ¡Qué descarado! Regresó porque en Nueva York no era nadie: para lucirse en el subdesarrollo" (pág. 69). Y, finalmente, un vómito confesional; una revelación dolorosa: "Eddy me acusaba de timorato porque no dejaba los negocios y me ponía a escribir. En esa época era medio anarquista: decía que todo era una mierda, ¡Quién te ha visto, Eddy, y quién te ve, Edmundo Desnoes!" (pág. 70). Ahora sabemos que el peor crítico del autor es el propio Desnoes, que escribir estas memorias es un acto punitivo que recae ferozmente sobre él, que no espera salvarse con ellas sino presentar un expediente para su propia sentencia. Y entendemos además esas venenosas alusiones a la obra de Eddy (que bien pueden abarcar a No hay problema, 1961, primera novela de Desnoes), a sus personajes "existencialistas", a su experiencia periodística y a sus años neoyorkinos, a sus relatos iniciales (que esta edición incorpora en un apéndice, convirtiéndolos en "documentos").

En realidad, lo que está haciendo el narrador-Desnoes al ponerse en la picota, es actuar fielmente a su concepción de lo que debe ser un intelectual: decir la verdad, aunque ella



lo pierda. El problema de un intelectual perteneciente a un país subdesarrollado es todavía más grave porque un auténtico intelectual nunca es subdesarrollado; entre él y su realidad hay un desnivel, un desajuste profundo; la revolución no hace sino agudizarlos: aunque él mismo la asuma si es un intelectual, no puede dejar de juzgarla al mismo tiempo, y eso puede conducirlo otra vez a la parálisis. ¿Cuál es entonces su lugar en la historia? El narrador no se engaña: "El artista, el verdadero artista (tú lo sabes, Eddy,), siempre será un enemigo del Estado. En eso también aspira al comunismo" (pág. 67). Y al final lo reafirma con un desencanto letal: "Los revolucionarios son los místicos del siglo XX: están dispuestos a morir por la implacable justicia social. Soy un mediocre, un hombre moderno, un eslabón, una cucaracha insignificante" (pág. 131). Diez años después de haber sido escrita, esta novela acusa, más que a su autor, a los intelectuales que no han sabido reconocerse con la misma honestidad y que se han imaginado distintos de lo que son. ~~Memorias del subdesarrollo~~ no es la mejor novela de la revolución cubana, pero sin duda es la más actual y la más perturbadora.